

"¡LA PAZ ES POSIBLE, DEBE SER POSIBLE!"

por el R. P. Jorge M. Bergoglio, s. j.

"Lo que se temía, lo que se esperaba que no sucediera, eso por lo que reiteradamente he insistido, orado e invitado a orar para que no se realizase, en cambio, ¿es en cambio ya una realidad? ... Dolorosa y preocupante por las vidas preciosas ya sacrificadas y por otras que pueden ser sacrificadas también. Por el abismo que ya se ha abierto y amenaza y puede hacerse más profundo entre los dos pueblos. Por las repercusiones que puede tener a mayor escala. Pero no menos me aflige y me preocupa otra consideración. **El mundo aspira a la paz**, busca la paz, ha ingeniado medios y organismos para tutelar la paz. Y he aquí que, cuando se presenta una seria controversia (grave, muy grave ciertamente, sobre todo porque toca principios fundamentales y sentimientos profundamente vivos en los espíritus) los hombres, a pesar del esfuerzo de solícitos mediadores, parecen incapaces

de encontrar una solución que salve esos principios, respete esos sentimientos y, al mismo tiempo, preserve la paz. ¿Cómo no afligirnos, cómo no preocuparnos por esto? ¿Cómo podrá tener aún confianza la humanidad en las posibilidades de paz, sobre todo si, en lugar de una controversia, que es grave ciertamente, aunque esté relativamente circunscrita, surgieran de ella controversias más graves y complejas, que enfrenten entre sí a numerosas naciones, o bloques de países...?"

"Que sientan todos, no sólo las partes directamente implicadas, sino las naciones amigas y toda la comunidad internacional, **su responsabilidad histórica** y que no se abandonen, como desalentadas, ante una situación cuyo desarrollo puede aparecer ya **casi irreversible**. Y que den al mundo la esperanza de que el buen deseo, la inteligencia, la magnanimidad, la clari-

videncia política, pueden en todo momento, incluso en el más difícil, conseguir que se supere la tentación de cortar con la espada los nudos que ponen en peligro la pacífica convivencia internacional" (Juan Pablo II, domingo 2 de mayo de 1982, al mediodía, durante el rezo del Regina Coeli).

Ante estas palabras tremendas del Papa, donde —dolorosamente— se interroga sobre la eficacia de los organismos internacionales y de la solidaridad de las Naciones frente a un conflicto, nos preguntamos si no ha llegado el momento de cumplirse la amenaza profética de Pablo VI: "Si estos organismos modernos, de los que la paz debe obtener apoyo y tutela, no se revelaran idóneos para su propia función, ¿cuál sería la suerte del mundo? Su ineficiencia podría originar una desilusión fatal en la conciencia de la humanidad; la paz saldría derrotada, y con ella el progreso de la

civilización. Nuestra esperanza, nuestra convicción de que la paz es posible, quedaría sofocada primero por la duda, más tarde por la irrisión y el escepticismo, y al fin — ¡qué fin! — por la negación. ¡Repugna pensar en semejante ruina!

(Pablo VI, Mensaje para la "Jornada de la paz" del 1° de enero de 1973).

Ante esas palabras de hace unos días de Juan Pablo II, estamos también tentados de preguntarnos si aquel anhelo de Pablo VI era una utopía: "La madurez de la conciencia civil ha formulado este obvio propósito: en vez de confiar la solución de las contiendas humanas al irracional y bárbaro duelo de la fuerza ciega y homicida de las armas, **fundaremos instituciones nuevas**, donde la palabra, la justicia, el derecho se expresen y hagan ley, severa y pacífica, en las relaciones internacionales. Estas instituciones, la primera entre ellas la Organización de las Naciones Unidas, han sido ya fundadas; un humanismo nuevo las sostiene y las honra; un empeño solemne hace solidarios a los miembros que se adhieren a ellas; una esperanza positiva y universal las reconoce como instrumentos de orden internacional, de solidaridad y de fraternidad entre los pueblos. **La paz encuentra en ellas la propia sede y el propio taller**"

(Mensaje para la "Jornada de la Paz" del 1° de enero de 1973).

En estas circunstancias históricas participamos, atónitos, no sólo de una guerra, que siempre creímos lejana simplemente porque — como pueblo — tenemos vocación de paz; sino — y aquí nuestro estupor — a un desgaste ya casi declarado de las Instituciones Internacionales — "sede y taller de la paz" — incapaces de encauzar el diálogo violento por los caminos constructivos del bien común de la humanidad entera. Hemos asistido, perplejos, a un vaivén de gestiones de buenos oficios, algunas de ellas muy generosas, verdaderas mediaciones; otras falsas, dignas no del mediador que se sacrifica por unir, sino más bien del 'intermediario' que busca medrar en su propio interés con el conflicto de las partes. Y nuestro pueblo, pueblo noble y fuerte, que supo convocar durante décadas a generaciones de inmigrantes trabajado-

res — nuestros antepasados —, se encuentra ahora siendo el centro de atención de otro tipo de migraciones: la de los depredadores, la de los comerciantes minoristas del emporio internacional, incapaces ya de prometerse creatividad para sus sistemas y poblaciones, necesitados de fraguar escaramuzas para no plantar la guerra en el centro de su propia decadencia. Son esos que vienen y se van, que negocian a espaldas de la dignidad, que imponen la siega de la vida desde el seno materno para otorgar un empréstito. Son los que drogan a los pueblos para que no sientan, los amordazan para que no hablen, los seducen para que duerman.

La guerra se nos impuso. Compromisos anteriores que pretendían resguardar la integridad continental cayeron con la misma facilidad que un monigote en una escuela de samba. ¿Debemos resignarnos a pensar que esto es el concierto de las naciones: una comparsa? ¿Una fascinación de la mentira y la injusticia, las que — aun en los entretelones del ámbito político — son siempre perdedoras? Ante esta incertidumbre debemos correr el riesgo de preguntarnos si hay algo más, que en estos momentos permanece oculto y conviene rescatar, ilusionarnos por buscarlo. ¿La paz, es posible?

Y Pablo VI, al hacerse la misma pregunta, se respondía sin dudar: ¡"La paz es posible, debe ser posible"! Sí, porque éste es el mensaje que nos viene de los campos de los dos guerras mundiales y de otros conflictos armados recientes, que han ensangrentado la tierra; es la voz misteriosa y tremenda de los conflictos pasados; es el gemido lastimoso de las innumerables tumbas de los cementerios militares y de los monumentos sagrados a los soldados desconocidos..." (Mensaje para la "Jornada de la paz" del 1° de enero de 1973).

Pero, ¿qué paz es posible? O, mejor dicho, ¿a qué paz aspiramos? No ciertamente a la concepción melancólica de una arcadía tan pálida como la acuarela decimonónica de la dignidad, plasmada por los imperios liberales. Tampoco es la ilusión ético-aséptica de grupos pacifistas que nada tienen que defender más allá de su aburrimiento en los horizontes mez-

quinos que se han impuesto. Ni buscamos la paz concebida a la luz de la fácil tentación del irenismo, esa "paz a cualquier precio" que, por sistema, elude todo conflicto y prefiere pagar por su tranquilidad, aunque sea la de un sepulcro. Por aquí no vamos. Buscamos una paz capaz de engendrar, una paz desahogada en sus ambiciones de convocatoria, una paz — al decir de Pablo VI — "racional, no pasional; magnánima, no egoísta; no inerte y pasiva sino dinámica, activa y progresiva a medida que justas exigencias de los declarados y ecuanímenes derechos del hombre reclamen de ella nuevas y mejores expresiones; la paz que buscamos no debe ser débil, inútil y servil, sino fuerte, tanto por las razones morales que la justifican como por el consentimiento compacto de las naciones que la deben sostener" (Mensaje para la "Jornada de la Paz", del 1° de enero de 1973). Buscamos esta paz fuerte, pero sabemos que solamente nos es dada a través de la asunción dolorosa de los conflictos, con un corazón capaz de desangrarse como el de Cristo. La verdadera paz, anunciada la noche de Navidad, sólo fragua su consistencia en el madero de la Cruz. Un corazón pacífico es siempre alfareado con el barro de las lágrimas.

Por primera vez, en muchas generaciones de argentinos, la guerra nos toca de cerca. Sus consecuencias ahora tienen, para nosotros, rostros concretos: Hijos, hermanos, padres, nietos, esposos, novios... Los "por qué" nos hacen sentir el huracanado furor de la desmesura humana, su capacidad de obrar la injusticia, de matar por no dar lo debido. Y esto nos conduce hacia nuestro mismo corazón pecador, a nuestra propia injusticia, a esa guerra criminal de la que cada uno de nosotros es testigo en su soledad, en la que muchas veces hemos sacrificado los valores a la iniquidad de la injusticia.

Por ello, ante esta guerra, nueva para nuestra manera de ser pacífica como nación, conviene que pidamos perdón. Perdón por los pecados ocultos, perdón por haber obrado la iniquidad, perdón por haber pecado. Juan Pablo II nos invita a esta interiorización cuando — dirigiéndose a los ex combatientes reunidos en su "Primer encuentro Internacional para el

desarme"— les dice: "Positivamente, la Iglesia quiere formar los espíritus para la paz verdadera haciéndoles ver las bases sólidas, que son el respeto de los derechos inalienables del hombre, de todos sus derechos; de sus libertades fundamentales, de la libertad de los pueblos, y también de sus deberes ante la desigualdad intolerable de la repartición de los bienes materiales del planeta. Con más hondura todavía, la Iglesia procura arrancar del corazón del hombre, con la fuerza del Evangelio, los prejuicios peligrosos, las raíces de la agresividad de la violencia, del resentimiento, del odio, del orgullo, de la envidia, del egoísmo —digamos, del pecado— que hacen tan duros para sus semejantes el corazón del hombre y ocasionan tantas luchas inútiles e injustas. Habría que añadir: extirpar la mentira¹ . . ." (20 de octubre de 1979).

Finalmente, una guerra nos evoca valentía: la de tantos hombres que, por defender lo justo, hacen oblación de sus vidas. Y también la de tantas mujeres silenciosas que, con profunda y dolorosa ternura, saben estar de pie, como María, junto a la Cruz que la vida les ofrece. A nosotros nos hará

bien, en estas circunstancias en las que nos planteamos preguntas sobre la paz, interrogarnos sobre la valentía y la ternura. Por nuestra valentía: la del corazón pecador cuando se atreve a pedir perdón, a restituir lo que rapiñó, a someterse a los rígidos cánones de la justicia que —en definitiva— es quien obra la paz. Preguntarnos por nuestra ternura: si sabemos llorar frente a este atropello a la dignidad, si en el cuerpo inerte de un soldado hermano nuestro atinamos a descubrir a Cristo, Señor nuestro, llagado por nuestros pecados. Cuando la valentía del corazón atina a expresarse con ternura, entonces se transforma en sabiduría, ese supremo don del Espíritu Santo a los hombres.

Y, a propósito, nos hará bien recuperar —al final de este acto— la imagen valiente y tierna de esa mujer, de la que nos cuenta la Biblia que vio morir en la tortura a sus siete hijos por no querer apostatar de la fe de sus padres. Ella los alentaba, y —dice la Escritura— que, cuando desfallecían, les hablaba "en dialecto patrio", en "dialecto materno", y con esto cobraban fuerzas. Hagamos silencio en el corazón para dejar que esta imagen se enseñoree y crezca dentro

nuestro. Recuperemos la memoria de los momentos en que, como personas cada uno y como pueblo, fuimos consolidados en los valores que nos dieron y dan dignidad . . . Escuchemos ese "dialecto patrio", ese "dialecto materno" de la ternura y la valentía, y —desde la sabiduría así recuperada— volvamos los ojos a los momentos que estamos viviendo. Y proyectemos al futuro la imagen de esta mujer que, luego, no malvendió la sangre de sus hijos. Seguramente, si obramos así, encontraremos respuestas nuevas y fuertes que consolidarán nuestra dignidad de hombres y de argentinos.

¹ Sobre la mentira en las relaciones internacionales cfr. Juan Pablo II, en la OEA, Washington, 6 de octubre de 1979: "La verdad es la primera de estas exigencias morales que deben prevalecer en las relaciones entre las naciones y los pueblos . . . Impregnar con la verdad todas las relaciones, sean políticas o económicas, bilaterales o multilaterales. Frecuentemente la mentira surge en nuestro camino tanto a nivel personal como colectivo, llevando consigo la sospecha allí donde la verdad es indispensable; con lo que el diálogo se hace difícil y se hace imposible cualquier colaboración o acuerdo. Poner la verdad en todas nuestras relaciones es trabajar para la paz . . .".

R. P. Jorge M. Bergoglio, S.J.